

MIRANDO AL FUTURO

Adminicular

JOSÉ-ABEL FLORES

En el hermoso relato del viaje de san Borondón, Navigatio Sancti Brendani, el patrono, asegura que navegó con una quincena de monjes durante siete años hasta toparse con las islas más parecidas a la idea que entonces se tenía del Paraíso. Se relatan penurias, pero en tan larga singladura no se alude a lo que en aquellos tiempos, y hasta el final del siglo XVIII, constituía el azote más temible del marino: el mal de las naos. Las bitácoras de las expediciones de Vasco de Gama o Magallanes relatan cómo a algunos tripulantes se les escapaba la vida por las encías, especulando

acerca de la afección, buscando remedios peregrinos, entre el hechizo y la súplica. Con el tiempo, siglos después, James Cook, siguiendo las instrucciones del médico James Lind consiguió que en su periplo el efecto del escorbuto fuera mínimo. Una metódica de ensayo-error, observando directamente efectos en marineros del HMS Salisbury, determinó que la adición de cítricos en la dieta, ese necesario ácido ascórbico, mitigase la dolencia.

En los recientes informes de la Organización Mundial de la Salud relativos a medio ambiente, en particular 'cambio climático' y

'salud', se presentan escenarios que sin duda podrían ser inspiradores de obras de ciencia ficción. La prevista e incuestionable subida de las temperaturas en las próximas décadas como consecuencia de la acción antrópica, establecerá la modificación sustancial de la franja en la que hoy en día se desarrollan los patógenos y vectores de la malaria o el den-

gue. En lo que se estima una generación alcanzarán latitudes en las que ahora las condiciones ambientales contienen su desarrollo. Las regiones áridas, extremadamente áridas, van a incrementar su superficie, y con ello nos previenen de que la probabilidad de que enfermedades como la meningitis progresen es muy alta. Preocupa a los expertos el efecto directo del calor, del «golpe de calor», particularmente en una población, los mayores, sensible y creciente en países desarrollados.

En estos momentos conocemos buen número de los remedios. Seguramente en breve



se dispondrá de vacunas, tratamientos y tecnología que paliarán los efectos, situación bien distinta a la de los navegantes, médicos y científicos de antaño. Pero hemos de ser conscientes de que el nuevo marco afectará a una sociedad que hoy ve lejos, hacia el Sur o al otro lado de los océanos, el

problema. Los estudios inciden en la necesidad de que se aborde el problema pluridisciplinariamente. Quizás sea el momento de que distintos campos de la ciencia, aparentemente distantes, programen objetivos conjuntamente. Ni profecía ni magia, como imaginamos debían comentar en corrillos los marineros que sufrían el escorbuto: ciencia y medios para que se pueda llevar a cabo eficazmente. Y adminicular. Conjúguese.

José-Abel Flores es catedrático de Micropaleontología y Oceanografía